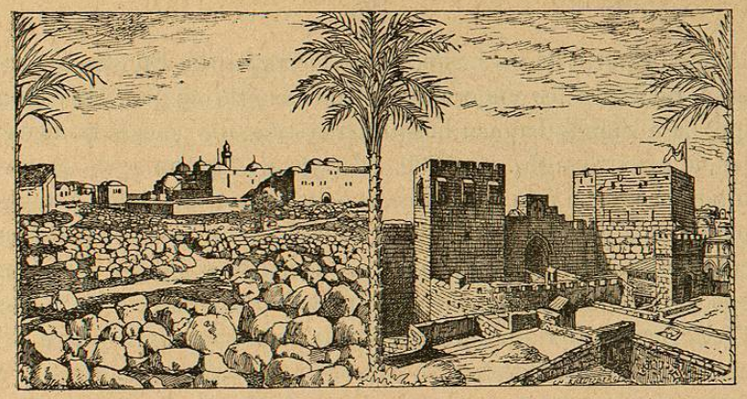
azuladas olas se divisan por entre las estériles colinas que lo rodean.

Todos los días nos complacíamos en observar los efectos del cielo al entrar la noche. Un poco antes de que desaparezca el astro que ha quemado con su fuego devorador la tierra de Judá, las cimas del Idumea y del Moab se coloran de un tinte rosado, que degenerando poco á poco en carmín, concluye por perderse en el ópalo de la noche que lo envuelve todo con su transparente manto. El último rayo es siempre triste; es la imagen de la declinación, y para nosotros, la de la partida. Ibamos á dejar aquellos paisajes que calman y alivian el espíritu, aquella población que regocija, unos religiosos que edifican con sus virtudes, y unos lugares que nos han proporcionado tan inefables emociones, y sobre todo esta sagrada Gruta, en donde con Jerónimo, Paula y Eustoquio, hubiéramos querido vivir y morir.



CAPÍTULO IX

CASA-NOVA Y EL CONVENTO DE SAN SALVADOR

I

Vuelta á Jerusalén.—Casa-Nova.

Volvemos á Jerusalén con el más vivo deseo de estudiar, no lo que todos los ojos pueden ver y todos los viajeros han descrito, sino la vida íntima y oculta que tiene por teatro los misteriosos retiros en donde se elaboran las vocaciones y en donde se mezclan en el crisol los místicos metales de que se hacen los santos. Quisiéramos además observar de cerca y trazar con la exactitud del realismo, las obras exteriores de esta pléyade de misioneros y educadores que su profunda humildad oculta á las alabanzas humanas. Antes, sin embargo, de emprender este estudio, obedeciendo á la vez á un deber de conveniencia y á un sentimiento de gratitud, queremos decir unas palabras del Hospicio Franciscano, en donde somos tan bien tratados. Y no se crea por esto que el reconocimiento nos obliga á exagerar el bien; nosotros no tenemos otra pasión que la de la verdad; á ella hemos tomado por guía, y sólo con su luz queremos iluminarnos.

Casa-Nova, como su nombre lo indica, es una casa nueva, por cuya causa carece de aquel aspecto original é imponente de

la mayor parte de los hospicios de Tierra Santa. En otro tiempo eran recibidos los viajeros en el monasterio de San Salvador, que ha abrigado bajo su hospitalario techo no pocos personajes de nuestro siglo. En 1830, escribía M. Poujoulat de la habitación vecina á la que había ocupado Chateaubriand, y comparaba sus paredes á un registro histórico cubierto de nombres célebres pertenecientes á todas las naciones y á muy distintas épocas. Más tarde, fué tal la afluencia de peregrinos, que los Franciscanos tuvieron que organizar una hospedería fuera del convento. Mons. Valerga se estableció en ella cuando vino á Jerusalén á restablecer el patriarcado latino, y después que se le fabricó palacio, la entregó á las Hermanas de San José que la ocupan aún. Por esta causa se vieron de nuevo obligados los Franciscanos á buscar otro sitio para hospedar á los peregrinos, y después de muchos empeños pudieron comprar al fin, cerca del convento, un montón de casuchas y establos árabes que fueron poco á poco transformando en habitación conveniente.

II

La señora Dietrichstein.

En 1860, había ya diez y nueve habitaciones dispuestas para los peregrinos, cuando llegó á Jerusalén, para fijar allí su residencia y consagrarse á las obras de piedad, una señora austriaca muy rica.

Comunicó su proyecto á los Padres de Tierra Santa, y les rogó que la secundasen edificándole un pequeño departamento sobre el terrado del Hospicio, lo que se apresuraron á cumplir. Pero apenas había aún comenzado la obra, cuando la señora Dietrichstein (este era el nombre de la noble extranjera), cayó gravemente enferma para no volverse á levantar. Fué probada del Señor por más de un año con horribles sufrimientos, que el recuerdo de la Pasión del Salvador y la proximidad del Calvario le hicieron soportar con heroico valor. La muerte, para esta alma tan perfecta y desasida de este mundo, llegó sin terror ni amargura. Cuando la sintió aproximarse, hizo llamar á uno de los religiosos en quien había depositado toda su confianza. Llamábase Fr. Valentín, y era el director y arquitecto de la nueva casa, y á éste manifestó sus últimas voluntades. «Vended mis alhajas, le dijo, y tomad estas cincuenta mil piastras que quiero se empleen en la construcción del Hospicio.» Algunos días después, expiró tan insigne bienhechora, llena de consuelo por verse rodeada en sus últimos instantes de los Hijos de San Francisco, y por la certeza que tenía de que su memoria sería eternamente conservada por ellos en los Lugares Santos. Manos piadosas la sepultaron, y fueron confiados sus restos á los Angeles del monte Sión.

Las instrucciones de la donante fueron exactamente cumplidas. Los Franciscanos, según las leyes recibidas, construyeron el ala derecha del edificio, terminándola en 1865. Por falta de recursos, se suspendieron después los trabajos por largo tiempo, hasta que contribuyendo con sus limosnas otras personas piadosas consiguieron acabar el establecimiento en 1876. Los gastos todos, comprendido el mobiliario, no excedieron de cien mil francos; suma increiblemente pequeña si se atiende, por una parte á la importancia del Hospicio, y por otra á la dificultad grande de edificar en una ciudad en donde se compra el agua y en la que los obreros son, por regla general, perezosos ó incapaces. Pero esta economía se debe por completo al sacrificio de los religiosos, que pagaron con sus personas el defecto de los demás.

Fr. Valentín, después de haber dado el plan del edificio, dió también el ejemplo del trabajo. Siempre era el primero para la labor y el último para el reposo, sin abandonar ni por un solo día la dirección de las obras.

Frailes notables por su talento, ejecutaron la carpintería, la ebanistería, la pintura y la decoración interior. Otros se ocuparon del mueblaje; todo, en fin, pasó por sus manos, hasta las almohadas y colchones.

III

El Hospicio.—El P. Felipe.

En medio de sus trabajos, los Franciscanos tuvieron un grande gozo. La causa fué un importante descubrimiento, que

debía ser un verdadero tesoro para el nuevo Hospicio; el de dos magníficas cisternas que datan del tiempo de los reyes de Israel, una de las cuales, la más bella, mide nueve metros de profundidad por otros tantos de anchura. Se abrieron además otras siete, lo que permite á Casa-Nova recoger agua para tres años, poniéndola así al abrigo del terrible azote de la sequía. Ningún otro establecimiento de la Ciudad Santa está tan bien provisto. El Hospicio está dividido en dos departamentos; el uno reservado para los católicos orientales, siempre muy numerosos en Tierra Santa, y el otro, dividido en dos clases, destinado á los demás viajeros. Los alojamientos son agradables, la comida abundante, muy sana, y para Jerusalén, bastante variada.

En Casa-Nova se recibe á todo el mundo. Franceses, ingleses, italianos, españoles, polacos, americanos, hombres y mujeres, grandes y pequeños, ricos y pobres, católicos y protestantes, todos son tratados con la misma afabilidad é igual liberalidad. Las limosnas espontáneas de los viajeros acomodados se acogen con gratitud, porque conservan el pan de los pobres, pero jamás se imponen ni piden á nadie; y esto es tan verdadero, que escasamente llegan á cubrir la tercera parte de los gastos anuales. La estadística de 1884 hace subir el número de jornadas de peregrinos para toda la custodia á unas treinta mil; lo que á razón de tres francos por cabeza, da un total de gastos de noventa mil francos. No hay hospitalidad más sencilla, á la vez que generosa, que la de los Franciscanos. Sin embargo, no todos los extranjeros se les muestran agradecidos. Algunos son descorteses, exigentes, perturbadores, y á veces arrogantes con los buenos religiosos que los reciben. Sucedió un día, que uno de ellos llegó hasta amenazar con su revólver al Presidente, porque le pidió, aunque con la mayor urbanidad, un libro que le había prestado hacía días. En otra ocasión, por un motivo tan fútil como el anterior, fué insultado uno de los religiosos, maltratado y hasta amenazado de muerte. Desde hace algunos años, la Sagrada Congregación de Propaganda ha reducido á quince los días que se conceden de hospitalidad á cada peregrino. El cargo de Director de Casa-Nova, es sin duda alguna uno de los más difíciles á la vez que importantes, y siempre se confía á religiosos escogidos. Hoy lo desempeña el P. Felipe de Montaltaveglio, hombre de gran espíritu y prudencia, que se consagra á tarea tan ingrata con un celo que es imposible dejar de admirar.

IV

Las familias reales.

Hemos dicho que muchos altos personajes se hospedaron en Casa-Nova. En efecto, si los príncipes de Occidente no se presentan ya con aparato guerrero para libertar la Sagrada Tumba, no obstante, muchos de entre ellos, herederos de la fe de los soberanos cruzados, sus antepasados, han venido en nuestros días á orar humildemente sobre el Calvario, y besar con devoción las huellas divinas del Crucificado en el polvo de la Vía Dolorosa. El primero fué S. A. R. el duque de Brabante, que ha sucedido á su glorioso padre en el trono de Bélgica. Hemos recogido con cuidado el recuerdo siempre vivo de esta peregrinación, que fué un acontecimiento para la Ciudad Santa. Los príncipes de Orleans, el conde de Chambord, el archiduque Maximiliano de Austria y el emperador Francisco José, vinieron en seguida, y dejaron, con el ejemplo de una piedad sin igual, pruebas de una munificencia verdaderamente regia. Pasamos por alto otros miembros de familias soberanas para mencionar solamente el príncipe de Nápoles, que durante nuestra permanencia fué huésped de los Franciscanos. Quedó tan encantado de la recepción y de los honores que se le rindieron, que se mostró después sumamente agradecido y cordial para con el Custodio de Tierra Santa, el director de Casa-Nova y el ilustre Fr. Liévin, cuya franqueza, hombría de bien y sabiduría le cautivaron hasta tal punto, que no quiso separarse de él ni en sus excursiones, ni aun en la mesa. Recorrió con él la Palestina y la Siria, y no le dejó hasta el puerto de Nápoles. De vuelta á Roma, el heredero de la casa de Saboya confirió al guía que le había instruído, tanto como encantado, la Orden de San Mauricio y San Lázaro. A este título no tardaron en unirse para el humilde Franciscano, las palmas académicas, que el ministro de Instrucción pública de Francia le concedió en testimonio de los servicios prestados por él á la ciencia.

V

El convento.—La columna.

Casa-Nova no está más que á un paso del convento de San Salvador, que es el más importante de Tierra Santa. Se llamaba en otro tiempo convento de la Columna y perteneció á los Georgianos cismáticos. En 1559 les obligó el gobierno turco á venderlo á los frailes Menores, á quienes en un exceso de fanatismo desterró para siempre del monte Sión, en donde se habían establecido desde su llegada á Jerusalén. San Salvador está situado sobre el Gareb, parte la más elevada de Jerusalén, causa por la cual el aire es allí perfectamente puro, y la vista desde los terrados muy extensa y agradable. Se descubre la ciudad toda entera, con sus monumentos, sus ruinas, sus iglesias, sus santuarios y las montañas que la rodean, así como también la cadena arábiga situada al otro lado del Mar Muerto. Pero lo que consuela sobre todo á los religiosos, es el tener enfrente la radiante montaña de los Olivos, desde donde Jesús se elevó á los cielos, y poder, en virtud de una Bula pontificia y rezando un *Padre nuestro* y un *Ave María*, ganar las indulgencias parciales y plenarias anejas á los Lugares Santos visibles desde aquel terrado.

El aspecto exterior del convento no es bello, pues más bien parece una prisión que una casa religiosa. Destruido, reedificado, derribado de nuevo, construido por partes y siempre bajo el fuego de las persecuciones, debe á estas circunstancias su carácter triste y su falta absoluta de estilo arquitectural. En su interior es un laberinto, una ciudad obrera con sus numerosos departamentos y sus más variados talleres. Allí se encuentran todas las artes y oficios; aquí la imprenta, cerrajería, calderería, zapatería, carpintería; más lejos la fragua, el horno central, el molino á vapor, el almacén de objetos de devoción, la farmacia, la fábrica de pastas y bujías, los talleres de pintura, escultura, etc., etc.... Es al mismo tiempo el punto en donde se reune la población indígena y extranjera; encontrándose allí cristianos, musulmanes, sacerdotes, cónsules, dragomanes, árabes, camelleros, muleteros, enfermos, mendigos...

Esta primera vista llena de asombro al europeo, habituado á asociar la idea de monasterio á la de paz, de calma, de soledad y de oración. Mas no se crea que faltan estas condiciones monásticas en San Salvador. Estudiándolo más de cerca y en sus más minuciosos detalles, veremos en él una comunidad modelo, en donde florece la observancia de la regla en su primitiva belleza y fervor. Aquí también tiene asiento el Coristado. Se enseñan la Teología dogmática y moral, el Derecho Canónico, la Escritura Sagrada y la Historia Eclesiástica. El cuerpo profesoral es muy distinguido y los jóvenes coristas son formados tanto en la virtud como en la ciencia.

VI

El Custodio.—El Consejo.

Hablaremos primero de la administración ó gobierno. La autoridad es ejercida por el *Custodio*, que gobierna ayudado de un Consejo llamado *Discretorio*, y se compone del Vicario, Procurador y cuatro Consejeros ó *Discretos*.

Al nombre de Custodio, por el cual es conocido en el mundo entero el Superior de Tierra Santa, se junta además el título de Guardián del Monte Sión y del Santo Sepulcro. Debe ser italiano, y su elección corresponde únicamente al General de la Orden, de acuerdo con la Sagrada Congregación de Propaganda. Sus funciones duran seis años, terminados los cuales, si no es reelegido, queda otra vez reducido al estado de simple religioso. El Rmo. P. Guardián es un pobre fraile Franciscano que ni lleva cruz, ni anillo, ni otra señal alguna de su dignidad. Viste como sus frailes, anda descalzo como ellos y participa en la misma mesa de su frugal comida, con la única diferencia de que, muy á menudo, su pan, como dice la Escritura, es un *pan empapado en lágrimas*. Su vida no es otra cosa que una serie no interrumpida de penas, disgustos, amarguras y dificultades, pero dificultades tan grandes, tan diversas, tan extraordinarias, tan complicadas, que para superarlas se necesita, no sólo la abnegación del religioso, sino también la habilidad del diplomático.

El Custodio es á la vez Superior local y Superior de toda la Misión. Como local, rige el convento de San Salvador, y como Superior general gobierna los cuarenta conventos que componen la Custodia de Tierra Santa y da impulso á las misiones lejanas que se extienden hasta las fronteras de la Mesopotamia. Además de esta misión espiritual, tiene toda una política que seguir. Tiene que tratar con el Gobierno turco, con los cismáticos griegos y armenios, así como también con los emperadores, los reyes y los cónsules. Sus relaciones con el poder civil, la Propaganda de Roma, los Obispos del mundo entero y los principales bienhechores de la Orden, son cotidianas y de una naturaleza bien delicada. Hablaré de los acontecimientos inesperados, negocios graves para los que debe hallarse siempre preparado, á fin de obrar con destreza y con prudencia para no dar jamás el botín al enemigo... Tanta responsabilidad y ocupaciones hacían decir á un religioso que había pasado de la Custodia de Tierra Santa á un obispado de Italia, que se hallaba en pleno reposo, no sintiendo los trabajos de su nuevo cargo después de las funciones que había ejercido.

El Vicario Custodial es francés. Ayuda al Reverendísimo en la gestión de sus negocios como primer miembro del Consejo, y le reemplaza en Jerusalén durante su ausencia, motivada por la visita canónica de los conventos que dura tres ó cuatro meses al año. Es al mismo tiempo penitenciario apostólico, predica, confiesa y da ejercicios á las comunidades religiosas. Además de esto, está encargado de la correspondencia con su nación, de la dirección de los trabajos de construcción de iglesias, conventos, hospicios...

El Procurador general, que es siempre español, corre con todas las cuentas de entradas y gastos de la Custodia; tiene, además, la vigilancia inmediata de los talleres, y es al mismo tiempo penitenciario apostólico para los que hablan su lengua. Los cuatro Consejeros ó *Discretos*, italiano, francés, español y alemán, forman en algún modo el Estado Mayor de la Custodia, y no se toma resolución alguna de importancia sin que se someta á su examen y se les pida el asentimiento. Tres Padres están constantemente ocupados en la secretaría, sin que apenas puedan dar concluido el trabajo; de lo cual nadie se extrañará si conoce al menos el complicado mecanismo de la administración de Tierra Santa, en la que entran también las relaciones extranjeras. ¿Y cuánto tiempo no necesitan sólo para la confección de los diplomas, de esos documentos tan estimados de los peregrinos?

El primer secretario ayuda al Superior en su correspondencia, y es, además, el superintendente de los archivos del convento. No tiene ni un solo instante de libertad. Los otros dos son capellanes en los santuarios de Jerusalén. Uno de estos es también penitenciario para la Polonia, y se ocupa de los peregrinos de su nación con cuidado tan paternal, que consuela á estas pobres gentes de los trabajos y privaciones que se imponen para cumplir su deseo y satisfacer su ardiente devoción.

VII

La Comunidad.—Su perfecta observancia.

La comunidad suele componerse de unos ochenta religiosos de todas las naciones. Los que sueñan para la humanidad una república universal, podían venir á inspirarse en el espíritu de caridad y fraternidad que reina en San Salvador. Parece verdaderamente ésta una comunidad privilegiada. Los religiosos que la componen no tienen, en efecto, sino un solo corazón y una sola alma.

Cada uno sabe sacrificar al bien común sus gustos, sus ideas, sus hábitos, y principalmente las susceptibilidades nacionales, esas susceptibilidades que tan fácilmente despertarían una sola palabra, una apreciación, una noticia venida de Europa ú otros países.

Con la misma abnegación dejan su lengua materna: el primer cuidado de los que aquí vienen es aprender, si no la saben, la lengua italiana, que es la que se usa en la Custodia. Así, todo concurre á esta homogeneidad, de la que las sociedades civiles no pueden presentarnos ni un solo ejemplo.

No hay convento alguno comparable al de San Salvador para la actividad y el trabajo. Es como una colmena de donde el religioso sale muy de madrugada para volver á la tarde cargado de fatigas y de méritos. Los unos están encargados del

servicio de los santuarios, de los peregrinos, de los enfermos y de los pobres; los otros de la enseñanza, de la predicación, del confesonario, ó dirigen los talleres, los trabajos de construcción, la farmacia, las factorías...; porque el convento de Jerusalén provee á los otros cuarenta de Tierra Santa de libros, hábitos, sandalias, lienzos y todos los ornamentos de iglesia.

He aquí ahora el horario de la Comunidad. La hora reglamentaria de levantarse es á las cuatro; ¡pero cuántos religiosos están en pié mucho antes! Un fraile de venerable y distinguido aspecto, llamado Fr. Angel, que cuenta al menos diez y seis lustros, y desempeña desde hace treinta años el cargo de sacristán, abre la iglesia á media noche. Los veteranos llegan los primeros, después los jóvenes; cada uno reza su oficio, ora, medita, hace el *Via Crucis*, se prepara para la Misa ó para la Comunión. Los frailes ayudan y oyen todas las Misas que se suceden, hasta la conventual, que es al salir el sol. El desayuno que la sigue se compone invariablemente de una taza de café negro y un bocado de pan. Inmediatamente después se abren las escuelas y talleres, comienza el trabajo y prosigue hasta las once. A esta hora marchan los obreros, mientras que los religiosos se dirigen á la iglesia para rezar el oficio. Terminado éste, van procesionalmente al refectorio, en donde salmodian el *Benedicite;* los días de fiesta lo cantan, y este canto es tan bello, que conmueve á los que por primera vez lo oyen. Después, silencio absoluto sin dispensarse jamás.

La mesa de los Franciscanos es sumamente frugal. La carne es de mediana calidad y las legumbres muy raras. Generalmente se condimenta todo con aceite, ¡pero éste no es el de la Provenza! Hay algunos religiosos que jamás pueden acostumbrarse á este régimen alimenticio, principalmente los del Norte, en cuyo caso su comida es todavía más simple, pues se reduce á la sopa, pan y vino más ó menos agrio. Además de la Cuaresma, instituida por la Iglesia para preparar á los fieles á la fiesta de Pascua, los frailes Menores tienen todavía otra más larga, que dura desde el 1.° de Noviembre hasta el 25 de Diciembre. A esto hay que añadir los ayunos semanales y los de las vigilias de las fiestas, con lo que resulta una abstinencia de casi medio año. A pesar de todo, no existe la tristeza ni la melancolía, sino siempre la bondad, la sonrisa y la alegría interior. ¡Oh! Me decía un religioso recientemente llegado de Italia: *Per un monaco non vi è niente di più bello della perfetta osservanza*, para un fraile nada hay tan bello como la perfecta observancia de la regla.

La comida es seguida del *diván*, nombre oriental dado al salón de conversación, en donde se reunen después del refectorio. A la una comienza otra vez el trabajo. Los Padres van á la iglesia, en donde rezan ó cantan vísperas y completas, hacen la procesión á los santuarios, confiesan, predican ó se ocupan en otros ejercicios de su sagrado ministerio; mientras que los legos van á los talleres, á los almacenes, á los huertos, etc.

A pesar de estas ocupaciones exteriores, tan contrarias en la apariencia al recogimiento, ninguno falta á los actos de comunidad. Por la mañana, al mediodía y á la noche, se hallan todos reunidos al toque del *Angelus* al pie de los altares, á fin de practicar la oración y meditación común. La cena es á las ocho.